

Reencuentros

Teatro

Armando León

Reencuentros, obra de Teatro

Primera Edición: AMAZON, Enero de 2016

ISBN: 5991064

Derechos Reservados Armando Andrés León Viera (2016)

Ilustración de portada: foto de Ernesto Daranas Serrano

Personajes:

La Muerte

El Hombre

La Locura

El Orate

La acción se desarrolla en el muro del Malecón habanero. El público se halla en la posición del mar, frente al muro, con la ciudad como fondo. A lo largo de la pieza se escuchan, en segundo plano, el rumor de las olas al chocar contra los arrecifes y otros sonidos de la ciudad, incluyendo ocasionales bocinas de autos.

Acto único.

El Hombre está sentado en el muro, contemplando la espuma de las olas al chocar con los arrecifes. **La Muerte** viene por detrás y mientras le habla, sube al muro y se acomoda junto a él.

La Muerte:

¡Hola! ¿Me permites?

El Hombre:

¿Y desde cuándo pides permiso, precisamente tú?

La Muerte:

O sea, que me reconoces...

El Hombre:

Ya lo creo. Quien te haya visto alguna vez, te reconocerá dondequiera que te vea.

La Muerte:

¿Sabes por qué dudé? Cada vez que nos hemos encontrado, has sido bastante indiferente.

El Hombre:

No, contigo no cabe la indiferencia.

La Muerte:

Pero no has sentido pavor al verme.

El Hombre:

Eso es otra cosa, pero bien sabes que no ha sido precisamente indiferencia lo que he sentido.

La Muerte:

No, pero no me has respetado lo suficiente.

El Hombre:

¿Y tú mides el respeto por el miedo con que se te reciba?

La Muerte:

No, pero...

El Hombre:

Claro, ya entiendo. Quien no tiemble ante tu presencia te priva del disfrute de tu inapelable poder.

La Muerte:

Quizás sea eso... cuestión de ego.

El Hombre:

Me imagino que el ego sea inherente a todo tipo de poder.

La Muerte:

Pero no me discutirás que cualquiera de los otros es inferior al mío.

El Hombre:

¿El ego, o el poder?

La Muerte:

El poder.

El Hombre:

Ahora que lo dices, sí... coincidido contigo, pero te confieso que nunca se me había ocurrido filosofar acerca de las variantes del poder, ni del ego asociado a ellas. Y el tuyo debe ser el mayor de todos. Será por eso que a veces eres tan injusta.

La Muerte:

No soy yo. Es algo que está escrito.

El Hombre:

No sé quién será el guionista, pero muchas veces elige a quien no lo merece, mientras otros mal nacidos siguen haciendo de las suyas. Y hay casos peores aún, como el de Gelman, el poeta argentino: los militares lo fueron a buscar a su casa y, como no estaba, se llevaron al hijo y a la nuera, embarazada. Los asesinaron y los desaparecieron. Y ese padre ha tenido que sobrevivir semejante tragedia con una incurable sensación de culpa. ¿Quieres algo más cruel?

La Muerte:

Te reitero que no es mi decisión. Yo solo ejecuto lo que el destino tiene marcado. Y a propósito, ¿tú llevas la cuenta de nuestros encuentros?

El Hombre:

Que yo sepa, han sido al menos cinco.

La Muerte:

No, son más, pero solo tienes conciencia de los últimos cinco. Las otras veces eras demasiado pequeño.

El Hombre:

La primera de que tengo memoria fue cuando tenía siete años.

La Muerte:

Cuando te inyectaron la adrenalina en el Policlínico.

El Hombre:

Pese a la resistencia de mi pobre vieja, que le detallaba a cada médico que me recibía todos los medicamentos a los que hacía alergia y la reacción que cada uno de ellos me producía.

La Muerte:

Es que tu bronquitis asmática no era fácil de tratar.

El Hombre:

Eso y el ego absurdo de algunos médicos, que lejos de agradecer la explicación le decían: “Pero bueno, señora, ¿quién es el médico aquí, usted o yo?”

La Muerte:

Sí, algunos se ofendían.

El Hombre:

Ya tú ves... el doctor Pérez Cruz, que fue uno de los mejores que me trataron, le dijo que una madre observadora podía a veces ser más importante que un buen médico.

La Muerte:

Y aquella otra pediatra insistió en ponerte la adrenalina.

El Hombre:

La vieja solo cedió con la condición de que me mantuviera bajo observación después de ponérmela.

La Muerte:

Y ahí mismo sobrevino el paro cardíaco.

El Hombre:

Recuerdo que todo se me fue oscureciendo... hasta que volví a abrir los ojos por los piñazos que me estaba dando sobre el corazón.

La Muerte:

Estabas tan tiernecito... no era tu hora todavía. Y la pobre mujer se llevó el susto de su vida.

El Hombre:

Luego, como en el año '79, crucé la calle Carlos III entretenido y solo reaccioné con el frenazo del auto y el ruido que hizo el que lo chocó por detrás. ¡Ahí sí me asusté!

La Muerte:

No, te habrás asustado, pero en realidad lo que más sentiste fue vergüenza.

El Hombre:

Imagínate que al pobre chofer no le respondí uno solo de los improperios que me lanzó. Todavía hoy lo recuerdo y me avergüenzo. ¡En aquel momento quise que me tragara la tierra!

La Muerte:

Pero tampoco era tu hora.

El Hombre:

Sí, supongo.

La Muerte:

¿Y qué me dices de las otras tres?

El Hombre:

Esas fueron mucho más recientes... en tu escenario preferido.

La Muerte:

La guerra no es mi escenario preferido. Digamos, más bien, que es uno de los más favorables para mí.

El Hombre:

¿Y eso no lo hace tu preferido?

La Muerte:

No necesariamente. Es uno de tantos presididos por la estupidez, la soberbia y la ambición de los hombres.

El Hombre:

Yo no diría de los hombres, porque ésa, como cualquier otra generalización, es injusta. Preferiría ser más específico y culpar a los verdaderos responsables.

La Muerte:

Que en tu criterio son...

El Hombre:

Los políticos y los militares.

La Muerte:

Sí, sé que desde que regresaste de Angola los culpas de muchas cosas.

El Hombre:

No muchas, solo de algunas.

La Muerte:

Sobre todo de las guerras.

El Hombre:

Si lo analizas a fondo, te convencerás de que los políticos y los militares son sus únicos beneficiarios.

La Muerte:

Ahora eres tú quien no es justo.

El Hombre:

¿Quién me falta?

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

